

Mala noche.

Autora: Sixela Jenny Carballo Ricardo.

Tema: Cultura Cubana.

Género: Cuento o Relato corto.



El verdugo te mira con su cara redonda desde la pared, mientras con los bigotes marca las cuatro menos veinte de la mañana. Delante, el minúsculo escritorio a la luz de una lámpara. Observas los papeles emborronados, esparcidos, hechos un lío mientras otros, en blanco, se burlan de tu abulia.

Él entra a la sala con el pelo alborotado y aire molesto:

- ¿Hasta cuándo? – pregunta poniendo los brazos en jarras.

- Vete a dormir, no me esperes, no tengo sueño, debo terminar esto para el examen.

Se va refunfuñando acerca de tres noches sin dormir y algo ininteligible que finaliza con un “no te quejes”. Sabes que se preocupa, porque te ama. Sí, el amor es grande.

A tu alrededor, las paredes de la sala empiezan a contraerse. El librero a la derecha y la vitrina, colmada de soperas de *orichas*, a la izquierda, la mesa de comer detrás; todo *casi* al alcance de la mano, tropezando, comprimiéndote como a una sardina, te causa repulsión. Definitivamente es *muy* grande el amor.

Arrugas con más desprecio que violencia la penúltima hoja enmarañada, que va a parar al cesto con magnífica puntería. La siguiente, nívea, te enfrenta desafiante. Te sacas los espejuelos y restriegas tus ojos. Gracias al descubrimiento de ese *capuccino* especial aún estás despierta, pero crees que no será por mucho tiempo.

¿Quién iba a decirte que una pizca de canela, un par de gotas de vainilla y una cucharada de *chocolatín* iban a reformar tu actitud ante el café con leche? - *Debes tener cuidado, ya se está haciendo costumbre, y esa solo va a un paso del vicio.*

Abres los ojos y aún sin los espejuelos escribes la palabra en la hoja. Es curioso. Mecánicamente te los pones y tomas el diccionario de la silla a tu derecha. Pasas las páginas hasta la V y luego, con los dedos... ahí está! "... Disposición o tendencia acostumbrada a lo malo (...) contrario de virtud". Te levantas hasta el librero, la silla suena. El diccionario de sinónimos está sobre tu cabeza. Con el brazo extendido lo alcanzas. Vuelves a sentarte "...lacr, daño, defecto, imperfección, maña, mala costumbre, resabio, engaño, desenfreno, inmoralidad."

Cierras el libro y lo pones sobre el otro en la esquina de la mesa. "vicio" – piensas, pero estás en blanco. Esta vida está llena de vicios, de mañas, engaños, desenfrenos, resabios, malas costumbres, defectos e imperfecciones. Esta vida es un vicio mayúsculo, universal. -¿En qué m... piensas? Ese es el primer signo de la depresión. La vida no está para ser cualificada, sino VIVIDA. No te hagas la víctima de la vida, ni sigas perdiendo el tiempo. Buhf! Tiempo. El verdugo. Las cuatro y treinta. Le haces una mueca y tachas la palabra. Luego anotas:

*Paris et moi, nous avons sommeil. Nous avons échoué dans un bâtiment de plus de trente étages et on ne coïncide jamais. Il ne collabore pas non plus, par seconds, on était sur le point de nous retrouver dans quelque ascenseur, mais on fait toujours semblant d'être pressés. Paris n'est pas une bonne ville pour être écrivain. ⁽¹⁾ **

El lápiz remarca el punto final haciendo más roma la punta.

-¿Habrá edificios de más de treinta pisos en París?

-Habría que preguntar...

-¿Piensas sacar algo de todo esto?

- Me da igual, esto es solo un cuento.

Te recuestas a la silla y como una autómatas apagas la lámpara y vas hacia el cuarto. Él ronca. Enciendes el televisor, acaba de comenzar una serie policiaca. *-La idea de abrir un canal veinticuatro horas ha sido genial para tu noctambulismo.* Te gustan los policiaos, pero hoy no te motiva nada. Eso, y el no querer despertarlo, son razones suficientes. Apagas el aparato y vuelves a la sala.

Con la luz de vuelta relees lo que escribiste: es poético, enrevesado, y no se comprende en español. *-¡Tendrías que adjuntar la transcripción!* Es la sentencia y la hoja va a parar al cesto. *-¿Qué pasa? ¡Piensa! Trata de seguir su estrategia: la limpieza, la organización, la metodología para hacerlo todo.* -O.K. Sin mirarlos, recoges el resto de los papeles que van a desbordar el cesto, los apretujas aunque sabes que no sirve de nada. Sacudes la mesa de los restos dejados por la goma. Reubicar los diccionarios en su lugar. Reorientas el foco de la lámpara. Sueltas el lápiz en el estuche y sacas un portaminas, apuntas:

*Toronto and me, we're just waked up. We are blocked in a building made of bricks with no more than fifteen floors, and we have run into each other once more than another without talk. We don't give much of us; any time we've been almost about to say 'Hi! What's up?' Toronto is not a nice city to be a writer. (2) **

Punto y de vuelta a los pensamientos. El verdugo ahora tiene una cicatriz oblicua que marca las cinco y diez. *-¿Por qué nunca te llevas bien con el reloj?* Esbozas una sonrisa... en algún lugar leíste que tu horóscopo chino predispuso ese antagonismo cuando naciste: *"... las cabras detestan los horarios estrictos... pocas veces llegan en tiempo a cualquier lugar..."* -*"Por cualquier cosa te distraes!"* *Uf!! Esa frase parece de tu madre. No te vayas por ese camino... ¿Te distraes otra vez? ¿Y quién te dijo si en Toronto hay edificios de ladrillos de 15 pisos?*

Nadie, pero te gustaría averiguarlo. - *No sé por qué insistes en escribir de lo que no conoces... y en otro idioma!! ¡Qué disparate!*

-¡Basta! –Te pones de pie y recorres los tres metros que te circundan, das media vuelta y te vas a parar frente a la ventana abierta, al lado del librero. Afuera la madrugada aclara. La luz débil del alumbrado público te descubre el solitario muro amarillo del cementerio justo al frente, adornado por un raro arbusto del que no has podido encontrar el nombre, pero te gusta porque, sobre todo en esta época, y con intensidad, se cubre de unas extrañas flores blancas que son como una luz entre tanta tristeza. Sí, el amor es *bien* grande.

Cierras los ojos pero te quedan las flores blancas latiendo en el interior. Si fumaras, esta sería la ocasión de echar un poco de humo; pero no fumas. Te has mantenido bien alejada de cualquier cosa que pueda crearte dependencia. Piensas que nada debe dominar tu voluntad: esa es la verdadera libertad, tu libre albedrío. Ningún vicio. - *Ya pasamos esa etapa. No volverás a la misma palabra, no?* Abres los ojos y rebuscas en la cartera que abandonaste sobre el librero, un par de caramelos que te regaló una amiga.

Tomas uno y vas, con reverencia, a depositarlo en la cazuela de Elegguá que desde sus caracoles, al pie de la vitrina, te mira meter el otro en tu boca.

Vuelves a la ventana pero no es suficiente. Abres la puerta y el aire húmedo te da en la cara. No hay nada que ver, pero sabes que detrás del muro hay más, hay una ciudad que no duerme y aunque el muro no quiera, puedes verla. La avenida 23 desde el Almendares hasta el Coppelia, y de ahí, Rampa abajo, hasta el Malecón. Puedes respirar el salitre. Avanzas por el litoral hasta el Prado. Te estremece el recuerdo de tus padres llevándote a “montar” sus leones. A un lado, a través de la bahía, el Morro, su inconfundible farola, la Ceremonia del Cañonazo de las Nueve, y más allá, el Cristo, con su dádiva en las manos, mudo testigo de los días y las noches frente al mar.

Llegas hasta la ceiba del Templete y su ritual de medianoche. Te encuentras ante ese árbol milenario y gigantesco. Te sientes como una hormiga, empequeñecida, aplastada por toda la sabiduría, toda la cultura, toda la tradición en los años plantados ante ti. Las imágenes se te revelan como en un cine: la Plaza Vieja y la de Armas, el convento de San Gerónimo y el de San Francisco de Asís, el Paseo de Paula, el pedazo de muralla y la perfumería Habana, el piano-bar del Hotel Ambos Mundos, el Boulevard de Obispo, el Floridita, el Parque Central y el de la Fraternidad. Todo bajo un cielo inmenso y azul, *infinito* como el amor.

Te vuelves de momento, entras a la casa y cierras la puerta amortiguando el ruido. Te sientas derecha, te acomodas, te sueltas el pelo y te aprietas la cabeza como si así te pudieras exprimir las imágenes. Respiras hondo.

En el escritorio, el papel anterior es desplazado. Tomas un bolígrafo y una nueva hoja, una nueva vida. Escribes:

La Habana y yo sufrimos de insomnio. Estamos varadas en el segundo piso de un edificio de microbrigadas y nos la pasamos coincidiendo, matándonos a cabezazos. Tampoco pongo de mi parte, por segundos casi nos perdemos de vista en alguna reiteración. La Habana no es una buena ciudad para ser escritor.

FIN



1. Traducción: “París y yo tenemos sueño. Estamos varados en un edificio de más de treinta pisos y no coincidimos nunca. Tampoco pone de su parte, por segundos hemos estado a punto de encontrarnos en alguno de los ascensores, pero siempre fingimos prisa. París no es una buena ciudad para ser escritor”.

2. Traducción: “Toronto y yo acabamos de despertar. Estamos varados en un edificio de ladrillos de no más de quince pisos y hemos coincidido una que otra vez sin hablarnos. No ponemos mucho de nuestra parte, por segundos hemos estado a punto de decir ‘Hola, qué hay?’ Toronto no es una buena ciudad para ser escritor”.

Notas:

* Textos extraídos y reinterpretados a partir de:
Morales, O.: *Minuciosas puertas estrechas*. Ed. Unión. UNEAC. La Habana. 2007.